Reseña de libros

Escribe: ANTONIO PANESSO ROBLEDO

LA ECONOMIA, HISTORIA DE LOCOS—Por Jacques Dartan—Centre International d'Etudes Bio-Sociales—Friburgo.

¿Qués es inflación? Algo de que habla todo mundo y nadie sabe qué es exactamente. Nunca se ha dado una definición objetiva de la inflación por una razón elemental: no es posible calcular nunca la relación justa entre el volumen de la moneda y el volumen de las mercancías disponibles. Y, ¿por qué? Por la simple razón de que esa relación no es determinable, por la complejidad de factores sicológicos y materiales que se interfieren.

Y eso pasa en realidad con toda esa ciencia esotérica que se llama economía y que domina al mundo moderno hasta la histeria. La economía, historia de locos, de Jacques Dartan (Histoire de fous, Centre International d'Etudes Bio-Sociales, versión española en Editorial Vergara, Barcelona) es una exposición de este principio, que llevado a sus conclusiones cartesianas nos conduce inevitablemente a la caótica tesis, pero perfectamente lógica, de que nadie sabe economía y los que menos saben son precisamente los que pretenden saberla, los conomistas mismos.

Dartan, que publicó su libro original en Suiza, se llama a sí mismo biólogo, matemático, epistemólogo, semasiólogo y sicólogo profesional, pero a pesar de todo eso dice cosas perfectamente sensatas. Analiza, para citar solo un ejemplo, las teorías de un economista tan cimentado como Rueff para demostrar que todo lo que dice el gran sabio, guía por cierto del presidente De Gaulle, resulta ser una tautología en el mejor de los casos, una contradicción en otros o una cosa indemostrable generalmente. O sea que sus libros, leídos y admirados en todo el mundo, en realidad no dicen nada y además pueden hacer mucho mal, como lo han hecho ya en la economía francesa, afirma Dartan.

La economía no es una ciencia exacta, podrían replicar los economistas, si bien no todos. La economía clásica supone "leyes", que se citan a cada rato, como la de oferta y demanda, tan exacta como cualquier ley mate-

mática, según los ortodoxos. Dartan sostiene que la economía no solo no es exacta sino que no es siquiera ciencia en absoluto. Es la anarquía, la indisciplina total. En realidad, los economistas más serios lo reconocen así. Dice Alferd Sauvry: "Es asombroso el estado rudimentario de una ciencia como la económica que después de dos siglos de investigaciones sistemáticas, de trabajos constantes y profundos realizados por los mejores especialistas del mundo entero, sigue siendo tan incierta". Según Charles Morazé, la ecomía se encamina cada vez más decididamente a la "filosofía de lo incomprensible".

El libro trata, con mucho desenfado el capitalismo cíclico, el capitalismo liberal, las actualidades y anticipaciones, y termina con objeciones,
imprecaciones y conclusiones, en las cuales no faltan, no podían faltar, ni
las ecuaciones relativistas (la inevitable e = mc2) ni el léxico inventado
por Teilhard de Chardin (como "hominización") y ni siquiera la jerga de
la filosofía tradicional, como el noumeno kantiano. Si hubiera sido escrito
por un inglés se clasificaría como una pequeña obra maestra de humor.
Siendo su autor de habla francesa la clasificación es más difícil: los franceses, de nacimiento o de cultura, toman la lógica demasiado en serio para
hacer paradojas.

Toda la argumentación de Dartan, generalmente muy divertida, tiene la base indiscutible por cierto de que la economía por sí misma no resuelve los problemas económicos. Los economistas, por la misma razón, no pueden decidir nunca de modo inequívoco la manera como debe repartirse la riqueza en una sociedad, cualquiera que sea. Arguye Dartan que eso será posible con "una sociología científica, capaz de dar respuestas justas a estas cuestiones y que fuera una ayuda preciosa para los hombres de Estado". Pero creer en una "sociología científica" es tan ingenuo, por lo menos, como creer en una economía que sea una ciencia exacta. La raíz del principio de incertidumbre en las ciencias humanas es el hombre mismo, que es cosa vana, vaga y ondeante, como lo dijo alguien que pertenecía a la misma cultura francesa del señor Dartan. En sus conclusiones el autor destruye prácticamente todo lo que ha edificado en materia de crítica. Porque cambiar la economía exacta por la sociología científica es sencillamente salir de las llamas para caer en las brasas.

Aun así, vale la pena enterarse de esta historia de locos. Es una manera intelectual de consolarse de la inflación, cuyos efectos sentimos aunque no la podamos definir.

* * *

LA BIBLIA COMO HISTORIA—Por Werner Keller. Editorial William Morrow—Nueva York.

Uno de los deportes lunáticos más fascinantes consiste en la búsqueda de argumentos, tesis y pruebas para demostrar la verdad literal de la Biblia. Como la Santa Madre Iglesia tiene sus doctores, entre católicos es raro este tipo de investigador. Pero los grupos fundamentalistas protestantes los producen en serie.

La prensa de nuestra época informa con alguna frecuencia sobre expediciones que se organizan con el exclusivo objeto de buscar el Arca de Noé, en los alrededores del Monte Ararat. En 1949, el doctor Aaron Smith, de Carolina del Norte, logró vencer toda clase de obstáculos, financieros y políticos, para llevar su grupo expedicionario cuatro mil metros arriba del Ararat en busca del arca. No pudo hallarla, informaba más tarde Smith a su regreso, "porque tal vez está oculta por efectos de los grandes terremotos que han azotado aquella región. O tal vez está al otro lado, bajo la nieve". Cuando el lunático está convencido de algo no hay manera de que acepte pruebas, y menos aun negativas.

Antes de Smith, un lunático inglés llamado Egerton Sykes (editor, característicamente, de una revista sobre la Atlántida) había planeado una expedición al Ararat con el mismo objeto, pero no pudo realizarla por la oposición del gobierno soviético, temeroso de que la verdadera finalidad de la expedición fuera espionaje. La política interfirió de esa manera con las pías intenciones de Sykes, que no tenía la menor idea de descubrir secretos bolcheviques sin demostrar que la Biblia tenía razón, y acaso llevarse al Museo Británico un pedazo de la cabina de Noé. De todas maneras, los rusos convencieron a los turcos en Ankara de que no dejara a Sykes subir a la montaña. Y se perdió una oportunidad de descubrir los restos del primer gran zoológico que han visto los siglos pasados y esperan ver los venideros. Como la Biblia menciona el ápice del monte como el sitio de descanso del arca, es natural que las leyendas se hayan multiplicado y conservado hasta nuestros días. Además, ofrece una serie de características especialmente favorables: está situado a igual distancia del Mar Negro y del Mar Caspio, del Mediterráneo y del Golfo Pérsico, como una especie de centro geográfico de las aguas que lo rodean. Las tradiciones relativas al diluvio florecen en la región: se supone que el edén estaba situado en el cercano valle de Araxes. Marand, una aldea cercana, se tiene como sitio donde fue enterrada la esposa de Noé. Arghuri, otra aldehuela, tiene la enorme distinción de atribuírsele el mérito de haber sido la tierra donde Noé plantó la viña famosa, cuyos efectos han cambiado la faz de la historia. Hasta 1940 se mostraba a los peregrinos la misma viña. Desgraciadamente en ese año la región fue cubierta por un terremoto y destruyó los últimos restos del vino más famoso del mundo.

Uno de los más curiosos y recientes ensayos de "investigación bíblica" en nuestros días corresponde a un doctor Werner Keller (The Bible as history, William Morrow & Co., New York, 1956). Respecto al cuento del arca, el doctor Keller, a pesar de su impresionante aparato erudito, recoge la leyenda aún viva en Bayazit, un pueblito armenio situado a los pies del Ararat: por generaciones, sus habitantes han transmitido la tradición de que un pastor vio una vez en el pico del monte un barco de madera. Y en 1833 una expedición turca "parece confirmar" el relato del pastor, al mencionar la proa de un barco de madera que queda visible cuando el calor del verano derrite parte de las nieves del glaciar. Un archidiácono de Jerusalén, el doctor Nouri, hizo su correspondiente expedición en 1892, con la buena suerte de que encontró el arca: "El interior estaba lleno de nieve: por fuera estaba pintada de color rojo oscuro". En la primera guerra mundial, un piloto ruso, Roskovitzki, anunció que había logrado ver en

la cima del Ararat "los restos de un barco de regular tamaño". El zar Nicolás II, a pesar de estar en guerra, despachó en seguida un grupo expedicionario para confirmar el hallazgo. Lo confirmó, en efecto, y aun fotografió los restos. Desgraciadamente todas esas pruebas deben haberse perdido en la revolución, comenta melancólicamente el doctor Keller, cuya obra seguirá estimulando, sin duda, más alpinismo bíblico, hasta que alguno demuestre que los comunistas tienen el arca escondida. En 1952 un explorador francés especializado en trabajos de investigación en Groenlandia, Jean de Riquer, emprendió la hazaña de subir hasta el pico volcánico del Ararat. Pero no encontró nada.